



AZAR GAT
ALEXANDER YAKOBSON

NACIONES

Una nueva historia
del nacionalismo



LIBROS *de* HISTORIA

AZAR GAT

NACIONES
UNA NUEVA HISTORIA
DEL NACIONALISMO



CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2014

Naciones

Azar Gat

con la colaboración de Alexander Yakobson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Nations. The Long History and Deep Roots of Political Ethnicity and Nationalism*

© Sydicate of Press. Cambridge University Press, 2013
© de la traducción, David León Gómez, 2014

© Editorial Planeta S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-751-1
Depósito legal: B. 21758 - 2014
2014. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

<i>Agradecimientos</i>	7
1. Introducción: el nacionalismo es cosa reciente y superficial, ¿no?	9
Lo étnico ha sido siempre político	11
¿Qué alcance tuvo la identidad etnonacional premoderna?	19
El debate subyacente	26
Conceptos y definiciones	28
<i>Etnia e identidad étnica</i>	28
<i>Pueblos</i>	32
<i>Nación y estado nacional</i>	33
<i>Nacionalismo y patriotismo</i>	37
2. Evolución de las comunidades culturales y de parentesco	39
El parentesco y la cultura en los últimos ciento cincuenta años	42
Herencia evolutiva y transformación social	50
3. De tribus a estados	59
Crecimiento tribal y expansión étnica	59
De tribus a estados	72
Formación estatal, erosión tribal e identidad étnica	81
4. Etnias, pueblos, estados y naciones premodernas de todo el planeta	85
A. Etnia y ciudad-estado	86

La cuna de la civilización	88
Fenicios, griegos y romanos	90
América, África, Asia y Europa en tiempos premodernos . . .	96
B. El estado nacional premoderno.	102
El antiguo Egipto: el primer estado... y el primer estado nacional.	104
Estados nacionales emergentes en el antiguo Oriente	
Próximo	109
China: el pueblo y el estado antiguo más vasto y duradero . .	113
A la sombra del gigante: estados nacionales circundantes a China	124
C. ¿Eran ciegos los imperios desde el punto de vista étnico? . . .	131
De Asiria a Persia.	132
Los imperios helenísticos y el imperio romano	139
El imperio árabe, el otomano y el mongol	144
Conclusión.	149
5. La Europa premoderna y el estado nacional	155
Geopolítica: el estado en el Mediterráneo clásico y en la Europa emergente	157
A. El vertiginoso crecimiento de los estados nacionales en la Europa naciente	162
Las islas Británicas: historia de cuatro naciones	167
La identidad escandinava y las identidades nacionales	178
El imperio nacional medieval de Alemania	183
Las tierras checas	187
El estado nacional y el imperio de Polonia	191
La nación rusa y su imperio	199
Conclusión.	207
B. La Europa meridional frente a la septentrional.	210
Los estados nacionales medievales y las agrupaciones imperiales del sureste europeo	210
Estados, geografía y consolidación nacional en la Europa románica del suroeste	219
El caso paradigmático de Francia	223
C. ¿Fue imposible la nación europea premoderna debido a la religión, el imperio, el poder dinástico, la falta de igualdad y la fragmentación dialectal?	238
La religión y la nación	246

El imperio	252
El reino nacional dinástico	256
Desigualdad sociopolítica	261
¿Hasta dónde llegaba la fragmentación dialectal?	263
Conclusión	268
6. Liberación, transformación y engrandecimiento del nacionalismo durante la modernidad	271
A. La voluntad del pueblo y la nación: ¿cuál de los dos permitió la expresión del otro?	272
B. ¿Naciones cívicas o étnicas? Europa, los países inmigrantes de habla inglesa, América Latina, África y Asia	287
Los moldes nacionales europeos	288
La Unión Europea	292
Los estados de inmigrantes anglohablantes: ¿naciones cívicas puras?	296
Identidad étnica y construcción nacional en América Latina	309
Identidad étnica y construcción nacional en el África subsahariana	316
Identidad étnica y construcción nacional en el archipiélago del Sureste Asiático	323
Identidad étnica y construcción nacional en la India y Pakistán	328
Conclusión: ¿naciones cívicas frente a naciones étnicas?	340
C. Conflicto nacional y solidaridad en un mundo en globalización	344
Análisis de la guerra: matar y morir voluntariamente por la nación	345
La nación y el estado de bienestar: ¿por quién estamos dispuestos a pagar?	353
Conclusión: ¿están llamados a perdurar la nación y el nacionalismo?	357
7. Estado, nacionalidad e identidad étnica: aspectos normativos y constitucionales (Alexander Yakobson)	361
Identidad nacional y estado	362
Nacionalismo cívico y étnico	363
«La nación junto con las minorías y los grupos étnicos nacionales»	365

Nacionalismo cívico: el modelo francés	371
Nacionalismo cívico: modelos y disyuntivas	377
Comunidades inmigrantes	383
«Naciones imperiales» e identidades contemporáneas	387
Autodeterminación nacional e integridad territorial	395
Países poscoloniales: la diversidad etnocultural y «la unidad de la nación»	398
Estados binacionales y multinacionales	403
Conclusión	412
<i>Conclusión</i>	417
<i>Notas</i>	427
<i>Índice analítico</i>	477

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN: EL NACIONALISMO ES COSA RECIENTE Y SUPERFICIAL, ¿NO?

El presente libro es el resultado de la honda insatisfacción de su autor con el enfoque actual que recibe el estudio de las naciones y el nacionalismo. La bibliografía existente sobre este particular, que ha adquirido un impulso considerable desde la década de 1980, está marcada por una falla de dimensiones nada desdeñables que recorre todo el ámbito. A un lado de ella se encuentran quienes entienden la nación como una creación de la modernidad, un concepto surgido en Europa durante el siglo XIX con las revoluciones francesa e industrial, o quizá antes, durante la Edad Moderna. Para los «modernistas», las naciones son fruto de procesos de integración social y movilización política que unieron a poblaciones nutridas dispersas hasta entonces en comunidades rurales pequeñas y escasamente conectadas que ocupaban territorios de gran extensión. Conforme a este punto de vista, hubo que esperar al advenimiento de la imprenta, los sistemas económicos del capitalismo a gran escala y, más tarde, la industrialización, la urbanización, la generalización de la educación y la participación política de las masas para que fuesen posibles semejantes integración y movilización sociales, a petición activa del estado. Al otro lado de la falla están quienes defienden, adaptan y desarrollan una definición más tradicional de la nación. Los «perennialistas» o «primordialistas» la consideran más antigua: en cuanto realidad y sentimiento, existe —si bien no de forma universal— desde antes de la modernidad, tal vez desde la Antigüedad, y no solo en Europa, sino en todo el mundo.

Este debate se acentúa aún más a medida que resuena en los círculos cada vez más amplios que se han visto arrastrados a él conforme ha ido

adquiriendo popularidad. Los investigadores del ámbito de la sociología, la historia, la filosofía, la literatura y los estudios culturales que se ocupan de asuntos afines citan teorías innovadoras respecto del nacionalismo, a las que a menudo confieren una forma más radical aún que la original. Y a esto hay que sumar la legión de estudiantes licenciados y por licenciar cuya edad impresionable los hace receptivos en particular a declaraciones de gran alcance y críticas a supuestos aceptados, y que se ven expuestos de manera regular a tesis fascinantes sobre el particular como parte de su socialización disciplinar y su iniciación profesional. Este proceso supone la ampliación constante del abismo que se abre entre la escuela modernista y la tradicionalista. Las falsas dicotomías y las hipérbolas cautivadoras se han convertido en norma en el estudio del nacionalismo, hasta el punto de que apenas se reconocen como tales.

Un servidor, aun admitiendo el colosal crecimiento experimentado por el nacionalismo actual en respuesta a las fuerzas monumentales de transformación generadas por la modernidad, posee una mayor afinidad con la opinión de quienes censuran y rechazan la identificación exclusiva de la nación con aquella. No hace falta recordar que en determinado momento —temprano— de la historia surgieron naciones, ni que el hecho de que se formen y desaparezcan impide considerarlas «primordiales» en este sentido. Asimismo, dado que el fenómeno nacional ha ido evolucionando con el tiempo, ni siquiera el término *perenne* refleja con suficiencia el cambio histórico. Y pese a todo, si aceptamos la definición de la nación en cuanto congruencia relativa entre cultura o afinidad étnica y estado formulada por el teórico modernista Ernest Gellner, habrá que reconocer que las naciones no son exclusivas de la modernidad. Tampoco cabe considerarlas muy distintas de otras formas por demás vigorosas de identidad étnica política, tal como defienden los modernistas. De hecho, según se propone en el presente volumen, la postura tradicionalista, aunque correcta en general, dista de ser exhaustiva. Se hace necesario ir más allá del debate actual mediante la adopción de un punto de vista más abarcador. Apenas se ha planteado todavía —y menos aún respondido— la cuestión fundamental de qué es lo que hace de la identidad étnica y el nacionalismo —sean viejos o nuevos— fuerzas tan poderosas y, de hecho, tan explosivas.

El nacionalismo es como un elefante situado en el centro de la mesa redonda y cuya colosal presencia, sin embargo, se ha obviado, ha quedado sin explicación y ha sido menospreciada a cada paso por parte de las principales teorías sociales del período moderno, como el liberalismo o el marxismo. En consecuencia, los estudiosos, los medios de comunicación

y el público en general se sorprenden cada vez que sus movimientos sacuden y, a menudo, echan abajo la mesa de debate. Esta ceguera reiterada y sistemática hace pensar en un cuento indio tradicional en el que se reúnen varios ciegos a fin de examinar un ejemplar del citado animal. Cada uno de ellos palpa una porción distinta de él y llega, por lo tanto, a una conclusión diferente en cuanto a su naturaleza según la parte examinada sea la trompa, un colmillo, una oreja, una pata, la panza o la cola. El concepto de nación debe considerarse en su totalidad, pues, de lo contrario, el teórico está condenado a irrumpir en él como uno de estos paquidermos en una cacharrería.

LO ÉTNICO HA SIDO SIEMPRE POLÍTICO

Tomaremos como punto de partida las siguientes proposiciones: el nacionalismo y la afinidad étnica guardan entre sí una estrecha relación; en líneas generales, cabe considerar aquel una forma particular de un fenómeno más amplio: el de la identidad étnica política, y lo cierto es que esta siempre ha tenido una carga política considerable, desde la aparición del estado y aun antes. *Cuando hablamos de etnia nos referimos a una población que comparte parentesco (real o supuesto) y cultura* (véase la exposición detallada que se ofrece al respecto más adelante, en el apartado de «Conceptos y definiciones»). Los estados históricos se clasifican por lo común en las siguientes categorías: protoestados, estados e imperios; y en todos ellos constituye lo étnico un factor fundamental.

Por norma, quienes conformaban los señoríos, rurales o urbanos (ciudades-estado), compartían un origen étnico: solían pertenecer al mismo espacio étnico, aunque abarcaban solo una parte de este, que habitualmente se encontraba dividido entre un número elevado de dichas unidades territoriales. Aunque entre los señoríos que compartían rasgos étnicos eran frecuentes los conflictos, ante la amenaza de un enemigo común foráneo solía prevalecer el espíritu de cooperación. Cuando en el señorío se habían asentado forasteros, y en los casos excepcionales en que convivía en él más de una etnia principal, tampoco faltaban, como veremos, las consecuencias políticas.

El espacio habitado por una población vinculada por factores étnicos era propicio al surgimiento y expansión de estados más amplios al facilitar el proceso de unificación. Huelga decir que, a su vez, el estado reforzaba de manera decidida la unidad étnica de sus territorios: en virtud de la pro-

pia unificación y a través de empeños deliberados de equiparación y fusión. La identidad étnica dio origen al estado en igual medida que este a aquella en un proceso recíproco y dialéctico, y de hecho, las dos relaciones de causa resultan reveladoras del marcado carácter político que ha poseído siempre lo étnico. ¿Por qué iba a afanarse el estado en homogeneizar su territorio siempre que le era posible, sino por el inmenso acicate que constituía para la lealtad del pueblo la conciencia de una identidad común? En las circunstancias históricas en las que abarcaba un espacio étnico bien definido en general y quedaba confinado en él en gran medida, el estado se identificaba con un *Staatsvolk* (estado nacional o estado-nación) particular.* Por motivos geopolíticos e históricos que se abordarán más adelante, en Europa prevaleció y sobrevivió mejor este modelo concreto de identidad étnica política. Además, con el tiempo se ha convertido en la forma más característica —aunque no, ni mucho menos, la única— de organización política moderna debido a una mayor integración social y a la toma de poder de las masas. Con todo, el estado nacional también fue predominante en tiempos premodernos y fuera del continente, y así, es posible dar con naciones y estados nacionales allí donde surgieron estados desde los albores de la historia. Lo que denominan los sociólogos *estados territoriales* (concepto no demasiado afortunado, por cuanto todo estado

* La diferencia entre estos dos conceptos es mínima o inexistente en la mayoría de sus usos. Charles Tilly, *Coercion, capital, and European states, AD 990-1992*, Blackwell, Cambridge (Massachusetts), 1992, pp. 2-3 (hay trad. esp.: *Coerción, capital y los estados europeos: 990-1990*, Alianza, Madrid, 1992), ha propuesto considerar estados nacionales aquellos que «gobiernan sobre un número nutrido de regiones contiguas y las ciudades que las conforman mediante estructuras centralizadas, diferenciadas y autónomas», en tanto que el estado-nación habría de definirse como aquel «cuyos habitantes poseen una identidad lingüística, religiosa y simbólica común sólida». Sin embargo, la primera descripción corresponde, sin más, a la de un estado, sea nacional o no. Asimismo, el autor de estas líneas sostiene, contra lo que opina Tilly, que ni dicha categoría era nueva desde el punto histórico, ni la segunda era excepcional. Más razón parece tener S. E. Finer, *The history of government from the earliest times*, vol. I, Oxford University Press, Oxford, 1997, p. 4, cuando denomina estados nacionales la Inglaterra del siglo XIV y la Francia del XV, y reserva el término estado-nación para la variante moderna, en la que «la nación ejerce democráticamente la soberanía». Esta definición, no obstante, presenta el inconveniente de restringir tal consideración al estado democrático. A fin de evitar tan insostenible limitación, son muchos los estudiosos que entienden que la soberanía popular constituye el principio legitimador y el rasgo distintivo del estado-nación. Aun así, ya en forma de estado nacional, ya de estado-nación, Finer identifica sin lugar a dudas la nación con la piedra angular de muchos estados europeos premodernos.

dispone de territorio) o *monarquías dinásticas* tendían a ser, de hecho, monarquías nacionales. La historiografía ha empleado desde antiguo esta expresión, y no sin motivo, dado el vínculo nada accidental que se da entre etnia y estado en la mayoría de ellas y la significación que posee dicho lazo en la conformación de las fronteras y la cohesión estatales.

También se dieron casos de comunidades étnicas y nacionales obligadas a integrarse en una estructura estatal más amplia, bien por coerción ejercida por un grupo etnopolítico dominante, bien por ser demasiado débiles para valerse por sí mismas en un mundo violento y haber buscado protección o haberse aliado con otros grupos en el seno de uniones multiétnicas de más relieve (de hecho, hubo también diversas combinaciones de estos procesos). Aun así, dentro de estas entidades —llamadas *imperios* cuando eran lo bastante extensas— la existencia étnica era también política en gran medida, de manera formal o informal, y en muchas ocasiones de ambas. Informalmente, cuanto mayor era la dominación que ejercía en el estado una comunidad étnica superior al resto, más se inclinaba en su favor la balanza de las relaciones de poder y del reparto de beneficios, y en mayor grado reflejaban su identidad étnica particular los signos de identidad del estado. Este basaba su dominio sobre todo en dicho núcleo étnico, ya que podía contar con su lealtad de un modo difícilmente imaginable en el resto de las etnias o pueblos que conformaban su territorio. El resto de comunidades del estado era muy consciente de su condición secundaria o subordinada y se conformaba con ella en mayor o menor medida por los motivos mencionados. A menudo resultaba de gran ayuda el que tal posición pudiera incluir algún que otro elemento positivo, como, por encima de todo, el respeto y la protección, en cierto grado, de sus diferencias. En muchas ocasiones se reconocían y preservaban sus instituciones y sistemas legales particulares en el seno de una estructura estatal más abarcadora, y por lo general prevalecía una tolerancia cultural considerable.

Los estudiosos de la sociología histórica adeptos a la corriente modernista sostienen que los imperios premodernos eran estructuras de poder elitistas en los que la minoría gobernante era indiferente a la composición étnica de sus súbditos. Sin embargo, semejante opinión, por demás extendida, resulta simplista en extremo, ya que, si acaso, fueron muy pocos los imperios históricos que respondieron a tal interpretación u obviaron este aspecto. Esta es una de las muchas dicotomías falsas —o proposiciones disyuntivas erróneas— con que topamos en la bibliografía especializada. En realidad, los imperios, siendo, en efecto, estructuras de poder de mino-

rías selectas, se hallaban apoyados en un núcleo étnico dominante. En consecuencia, lo étnico ha gozado siempre de una importancia fundamental a la hora de determinar la identidad, la solidaridad y la organización política en el seno de un estado y en las relaciones interestatales. Lo que ocurre es que las más de las comunidades étnicas eran demasiado pequeñas y débiles para lograr y conservar la condición de estado, o lo que es igual, la independencia nacional, en tanto que las más poderosas se impusieron a otras y asumieron una posición dominante en un estado o imperio multiétnico. Los estados nacionales aparecieron solo en los casos en los que se dio cierta coherencia entre una etnia y un estado.

No debe colegirse de esto que las identidades étnicas eran homogéneas o estaban delimitadas con total claridad, como selladas en embalajes fijos y bien identificados. Ni mucho menos: hablamos de poblaciones que comparten un número significativo, aunque variable, de rasgos de parentesco o cultura, lo que da lugar a continuos heterogéneos, «interrumpidos», en grado variable. Las poblaciones secundarias que conviven dentro de un espacio étnico se encuentran más o menos separadas entre sí con respecto a dichos rasgos, y las distancias que median entre ellas pueden originar afinidades étnicas intermedias, graduadas y compuestas en el seno de una etnia mayor, además de desarrollarse hasta crear divisiones más significativas y aun escisiones. En todo momento surgen nuevas similitudes y diferencias y se verifican procesos de fusión y fisión étnica que conforman y modifican los límites y las identidades de los diversos grupos.¹ Sin embargo, las similitudes internas mayores separan por lo común a una población étnica de otra contigua, tal como ocurre en el caso de los dialectos, en ocasiones muy diferentes, que se dan dentro de un espacio lingüístico y que, no obstante, guardan una semejanza mucho mayor entre sí que respecto de otro espacio lingüístico claramente distinto, y en el que se da también una variación considerable. El que no existan «lotes» étnicos bien delimitados, en los que la cultura, el parentesco y la identidad presenten una homogeneidad total y coincidan por entero en su demarcación, no significa que no se den lotes significativos y muy duraderos. La acusación de esencialismo se ha convertido en la mayor detracción que pueda darse en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales, y no sin motivo, habida cuenta de los peligros que comporta la conceptualización cruda. Sin embargo, los «parecidos familiares», las distancias relativas que median dentro de los grupos y entre uno y otro de estos, y las continuidades frente al cambio en la transformación temporal constituyen un modo válido, indispensable de hecho, de reflexionar sobre realidades muy legítimas.

Aun así, ideas como la que sitúa el concepto de etnia en un lugar central de los estados históricos o la que presenta la identidad nacional como equivalente general de la condición de estado para un pueblo definido como identidad compartida cultural y de parentesco se encuentran ausentes en gran medida en las teorías recientes sobre el nacionalismo. Dada la notable preocupación que suscitan las expresiones violentas hasta extremos horribles de la conciencia étnica y el nacionalismo, el hecho de que etnia y nación se encuentren íntimamente ligadas provoca una marcada aversión. Ambas realidades se estudian a menudo como materias separadas, y se abordan en libros diferentes. Algunos expertos, como Walker Connor, han alzado su voz contra semejante postura por considerar que «una nación es una nación, un estado y un grupo étnico».² En estas páginas disentimos de Connor en aspectos significativos, tal como se expone, más abajo, en el apartado de «Conceptos y definiciones». Así y todo, hay otros autores modernistas de relieve que, a diferencia de muchos de sus seguidores, han reconocido la conexión íntima que existe entre nacionalismo e identidad étnica. Karl Deutsch definió la nación como «la unión de un estado y un pueblo», considerada desde lo étnico.³ Ernest Gellner se refirió a ella, de manera similar aunque más célebre, como la congruencia de una cultura o etnia (términos que usaba con alternancia) y un estado, definición que compartimos aquí en líneas generales.⁴ Deutsch y Gellner, claro está, creían que tal coherencia no había surgido sino con el advenimiento de la sociedad industrial.

Gellner tenía la identidad étnica por sinónimo de cultura, aunque en ocasiones hablaba también de rasgos genético-biológicos evidentes que podían dar origen a distinciones etnonacionales.⁵ Sin embargo, hasta los atributos culturales se rechazan hoy por inadmisibles a la hora de definir el concepto de nación. Es frecuente que se oponga el «nacionalismo cívico», supuestamente fundado de manera exclusiva en una ciudadanía común y unas instituciones políticas compartidas, al «nacionalismo étnico», tanto en lo histórico como en lo normativo. No obstante, tal como han señalado no pocos especialistas, semejante distinción resulta por demás exagerada.⁶ Aunque las instituciones civiles han revestido una importancia fundamental más o menos constante en la conformación de las naciones, ha habido —a lo sumo— muy pocas de estas cuya existencia se hallara divorciada de lo étnico, es decir, cuyos integrantes no compartiesen afinidades culturales o cuando menos de parentesco. En realidad, también el nacionalismo cívico —o por mejor decir, el nacionalismo cívico *en particular*— da lugar a asimilación con la comunidad etnonacional, ya

como condición necesaria explícita («republicana»), ya como supuesto tácito. Esto es aplicable no solo a las entidades étnicas y las naciones antiguas, sino también a las modernas. Estas nacen y se forman a cada paso, de un modo muy llamativo en las sociedades estatales creadas por inmigrantes, a través de procesos de integración, hibridación y amalgamamiento. Resulta más provechoso distinguir entre nacionalismo «étnico» y «cívico» teniendo en cuenta que el primero hace hincapié en el linaje y la cultura común, en tanto que el segundo se centra más en el territorio estatal y la cultura. Con todo, no debe pasarse por alto que en muchas de las llamadas *naciones cívicas* se crea cierta conciencia de parentesco mediante la integración cultural y los matrimonios entre grupos incluso en ausencia de un sentimiento de ascendencia compartida. Por consiguiente, ambos nacionalismos incorporan elementos de identidad étnica, aun cuando los elementos que destacan en uno y otro sean muy diferentes en algunos casos, tal como ocurre entre los componentes gemelos de parentesco y cultura. A falta de una matriz cultural y una conciencia de parentesco, puede verificarse una identidad común de ciudadanía en un estado multiétnico y multinacional; pero es muy poco habitual que se dé una idea de identidad nacional común, sobre todo en sociedades libres en las que se otorga al pueblo el derecho de elegir. A la postre, el nacionalismo es una actitud o disposición de ánimo, un sentimiento de identidad, afinidad y destino compartidos, un «plebiscito cotidiano», tal como lo ha expresado Ernest Renan.⁷ Sin embargo, en realidad, esta actitud se halla estrechamente ligada a otros elementos compartidos de los individuos que participan de ella, y por encima de todo a la cultura y la conciencia de parentesco que comparten.

Carlton Hayes, uno de los iniciadores más sensatos de la postura modernista, rechazó muy temprano la confusión conceptual que percibió desarrollarse entre la filiación nacional y la ciudadanía.⁸ Del mismo modo, Connor deploraba la idea equivocada, en boga en las décadas de 1950 y 1960 por influencia de Deutsch, de que las de «creación de estados» y «creación de naciones» eran expresiones poco menos que sinónimas. Semejante desacierto dio origen a no pocas esperanzas en relación con la posibilidad de aglutinar naciones de África y Asia para crear nuevos estados a despecho de su heterogeneidad étnica. De hecho, el mismísimo Deutsch tuvo por necesario durante el segundo de los decenios citados advertir de la lentitud inherente a este género de procesos.⁹ Este error fundamental, junto con sus implicaciones políticas, se halla hoy tan presente entre nosotros como entonces.

Todos los escritos de los teóricos modernistas pueden considerarse notas al pie de la obra clave de Hans Kohn.* A su vez, el nacionalismo es un concepto histórico artificial creado en el siglo XIX a partir de sentimientos más antiguos y naturales: el amor al lugar de nacimiento, la lengua y las costumbres propios (resulta notable que omita el entorno personal, si bien más tarde añade la ascendencia común).¹⁰ Eric Hobsbawm defiende una postura similar, y a la cuestión de cómo es posible que una emoción tan poderosa, que conmueve las almas de las gentes con la intensidad necesaria para empujarlas a matar o a morir por él, surgiera de la nada en el siglo XIX, responde que lo que hizo el nacionalismo fue poner en marcha sentimientos «protonacionales» preexistentes, como los que poseen quienes comparten religión, lengua o etnia.¹¹ En tal caso, sin embargo, cabe preguntarse si la identidad étnica y el nacionalismo constituyen dos fenómenos distintos e independientes, uno de ellos antiguo y posiblemente más «natural», y el otro, nuevo y artificial, tal como proponen Kohn y Hobsbawm, o si se trata de otra falsa dicotomía entre dos conceptos que guardan en realidad una conexión más profunda. De hecho, Kohn admite, en un escueto comentario recogido en la introducción, la existencia de un sentimiento nacional más tenue y disperso anterior a la modernidad.¹² Gellner propone lo mismo en su conclusión.¹³ Hobsbawm, por su parte, colige tras una extensa argumentación forzada: «tal vez sea no solo deseable, sino hasta necesaria, una base protonacional para la formación de movimientos nacionales de aspiraciones estatales serias».¹⁴ Al cabo, si el nacionalismo no estuviese fundado en lo étnico, ¿por qué iba a tener por una de sus manifestaciones más distintivas la desintegración de imperios multiétnicos en lugar de la creación de estados nacionales «panimperiales»?

Por ende, las divergencias que se dan entre los críticos modernistas y los más tradicionalistas en lo que respecta a la relación entre lo étnico y lo nacional, y aun a la existencia de formas premodernas —aunque tenues— de nación y nacionalismo, no son tan amplias como podrían hacer parecer sus manifestaciones retóricas. En efecto, no media una gran distancia entre las ideas arriba citadas por Kohn, Deutsch, Gellner y Hobsbawm —por no decir ya las de Hayes y, como veremos, las de Tom Nairn— y las de

* Aunque Hans Kohn, Carlton Hayes y Karl Deutsch, los estudiosos del nacionalismo que abanderaron por vez primera la tesis modernista a partir de la década de 1930, han quedado hoy eclipsados por quienes representaron esta corriente en la de 1980, lo cierto es que, aparte del estrépito, los últimos añadieron poco a lo que habían dicho sus predecesores.

Anthony Smith, uno de los principales representantes de la tesis tradicionalista, que ha hecho hincapié en las raíces étnicas de las naciones. A su ver, por lo común las naciones modernas no tomaron forma de la nada, sino que surgieron en la mayoría de los casos de comunidades étnicas anteriores que compartían rasgos como el lenguaje, las tradiciones, los recuerdos, la creencia en un linaje compartido y cierta conciencia de identidad colectiva que a menudo tenía su origen en un pasado remoto.¹⁵ En ausencia de un nombre aceptado en lengua inglesa, Smith propone adoptar el término francés *ethnie*, derivado del griego *ethnos*, para designar las entidades étnicas de las que surgen las naciones. Con todo, al mismo tiempo que recalca las raíces étnicas premodernas de las naciones y la importancia que reviste el «etnosimbolismo» en la formación de la identidad nacional, por lo general se mostraba inclinado a considerar la nación propiamente dicha un fenómeno moderno. Solo ha aceptado de forma más abierta la posibilidad de naciones premodernas en años recientes.¹⁶

Su circunspección al respecto se debía a la aceptación del precepto modernista, significativo y por lo común acertado, de que la participación de la masa del pueblo en el estado no aumentó de forma trascendental sino con los avances tecnológicos, económicos, sociales, políticos y legales de la modernidad. La multitud quedó entonces integrada en el estado y movilizaba por este. Los elementos distintivos de este proceso fueron la soberanía popular y la igualdad ciudadana que propició la Revolución Francesa, y de hecho, son muchos quienes las consideran condiciones necesarias para la formación de una verdadera comunidad nacional. La mayor parte de la población de las sociedades premodernas estaba constituida por campesinos conforme a la representación habitual que de estas ofrece la sociología. En los estados de extensión notable, los habitantes se hallaban dispersos por los campos en pequeñas comunidades rurales, aislados del mundo exterior y sin más vinculación a la política del estado que la sujeción a sus dictados. Sus vidas estaban dominadas por filiaciones familiares, tribales y locales. Eran analfabetos en su mayoría, y poseían culturas inherentemente parroquianas que formaban un mosaico de «culturas llanas» locales y regionales. Estas diferían de forma marcada de un lugar a otro, y a menudo apenas guardaban relación con la «cultura elevada» de la minoría selecta, en particular con la que dominaba la capital y gobernaba el estado. Uno de los principales elementos de esta heterogeneidad cultural era la diversidad de dialectos escasamente inteligibles entre sí que separaban a unas comunidades de otras y de la «lengua elevada» modelo del estado. Las diferencias de clase eran rígidas y de fuerte

raigambre, y una mayoría abrumadora de la población se hallaba excluida por entero de participación alguna en la política. Conforme a la tesis de los modernistas, las divisiones generalizadas hacían que, de existir, cualquier sentimiento de identidad compartida, afinidad y solidaridad que se diera en los estados premodernos quedaba limitado sobre todo a la élite —que, al decir de Gellner, tenía, en cambio, una actitud cosmopolita y se encontraba muy ligada por lazos culturales y de interés a sus iguales de más allá de sus fronteras políticas—. La identidad común no se hacía extensiva a las masas. A su parecer, la flor y nata apenas consideraba al vulgo parte de una entidad colectiva compartida, ni este se sentía integrante de dicha entidad ni afín a ella. De hecho, aunque nunca llega a hacerse explícito, lo que ponen en duda muchos modernistas no es ya la conciencia de nación en tiempos premodernos, sino la existencia misma de pueblos en aquel período.

Si bien tiene mucho de cierto, la idea que se nos presenta por lo común de las sociedades anteriores a la modernidad simplifica, omite y distorsiona buena parte de la realidad histórica. La cuestión fundamental es doble: por un lado cabe preguntarse en qué grado existió un conjunto más amplio de rasgos étnicos y culturales o de parentesco comunes en el seno de muchos estados populosos, lo bastante amplios y hondos para abarcar a un número mayor de estratos y convertirlos, así, en un pueblo, y por el otro, en qué grado sintió este pueblo afinidad, identificación y solidaridad respecto de tales estados en los atributos étnicos que compartían. No resulta fácil dar una respuesta, dada la presencia de un obstáculo empírico a todas luces insalvable reconocido de hace mucho por los estudiosos del nacionalismo.¹⁷ Dado que las masas eran analfabetas en su mayoría, apenas existen testimonios directos de lo que pensaban o sentían, y los indirectos, valiosísimos, son escasos. Este sector de la sociedad carece casi por completo de representación en las fuentes premodernas: no tiene voz, y por lo tanto, si queremos progresar en nuestra investigación, debemos dar con un modo de eludir este obstáculo, de descorrer el velo del silencio.

¿QUÉ ALCANCE TUVO LA IDENTIDAD ETNONACIONAL PREMODERNA?

Es posible analizar las cuestiones relativas al grado de difusión de la cultura a los sectores más humildes de las sociedades-estado mediante, por ejemplo, el más significativo de los atributos culturales: la lengua. Así, cabe preguntarse si el idioma oficial de los estados permaneció restringi-

do de manera invariable a los centros de poder y a la minoría selecta de las sociedades premodernas, en cuyo caso poco pudo hacer por desplazar los dialectos locales y las lenguas indígenas. Es lo que plantean los teóricos de la sociología fundándose en casos escogidos de la historia de Europa que han alcanzado la condición de paradigma. Sin embargo, tal como veremos, en otros ejemplos anteriores a la modernidad que, pese a no ser menos conspicuos, se han pasado por alto en gran medida, el idioma estatal se extendió por todo el territorio hasta preterir, y aun erradicar por completo en ocasiones, a sus competidores hasta los estratos más ínfimos. De igual modo, las diferencias dialectales, marcadas en algunos países, no lo fueron tanto en otros, en los que no impidieron el entendimiento mutuo en toda su circunscripción.

Las creencias y los cultos religiosos también constituyen formas culturales de gran importancia. No cabe duda de que en las sociedades premodernas, y en particular en sus entornos rurales, florecieron las ceremonias, las mitologías y las deidades locales. Sin embargo, también se dieron religiones más elevadas, panteones y mitos compartidos entre etnias, que llegaron a las comunidades rurales más remotas aun en ausencia de un estado unificador, por no hablar ya de cuando existía uno. De hecho, la red de lugares de culto y congregación, dotados de sus sacerdotes, se extendía a cada una de las ciudades y pueblos y constituía un vehículo fundamental de socialización territorial. Se empleaba de manera habitual para inculcar lealtad al estado y sus gobernantes, aunque no resultaba menos útil como baluarte de la oposición y la agitación contra ellos, como ocurría, por ejemplo, en caso de que los considerasen forasteros o sometidos a la dominación extranjera que amenazaba la cultura y la identidad nacionales. Allí donde entraba en juego una religión étnica o nacional, cosa que sucedía de manera casi invariable, solía predicar identidad común y solidaridad. Cuando surgía y se desarrollaba alguna de carácter universal, que atravesaba fronteras estatales y de etnias o naciones, se convertía en ocasiones en un foco independiente de identidad y lealtad en competencia con la adhesión etnonacional. Lo más común, sin embargo, era que predominasen las iglesias nacionales del credo universal, oficiales o no, dondequiera que se diese cierta diversidad de estados nacionales. Y estas entidades tendían, con muchísima frecuencia, a abanderar la causa patriótica en caso de amenaza o conflicto. Tal como han demostrado Michael Petrovich, Connor Cruise O'Brien, Adrian Hastings, Steven Grosby, Anthony Smith, Philip Gorski y Anthony Marx, en toda la historia ha sido frecuente la percepción del pueblo y el país propios como sa-

grados y elegidos.¹⁸ Más que entrar en conflicto con la idea nacional, tal como se da por sentado erróneamente de manera convencional, la religión era uno de sus pilares más recios. De hecho, constituía el medio de comunicación de masas más poderoso y ubicuo de la «comunidad imaginada» premoderna, pese a que Benedict Anderson no lo haya querido reconocer.

Fue él quien acuñó la citada expresión —que ha adquirido un éxito colosal— a fin de describir el impacto de la imprenta desde finales del siglo xv. Este avance tecnológico creó, supuestamente, redes de cultura compartida fundadas en la extensión de las lenguas vernáculas más allá de las comunidades «reales» de pueblos y ciudades concretos, en los que se da una comunicación personal entre los habitantes.¹⁹ Aun así, si bien el advenimiento de la imprenta representó sin duda un salto gigantesco en la comunicación, ya existían con anterioridad grandes «comunidades imaginadas» de cultura compartida, unidas por una conciencia de identidad común y solidaridad. Rasgos culturales tan relevantes como el lenguaje o la religión demuestran que en las sociedades premodernas ya era posible difundir de forma dilatada y profunda ideas y demás formas culturales. De hecho, estos dos elementos constituían en sí mismos *vehículos* esenciales de identidad y solidaridad nacionales compartidas. Anderson comparte la opinión convencional de que la identidad religiosa universal (cristiana, musulmana...) fue anterior a la identidad nacional. Al conectar de manera tan poderosa a los creyentes de los diversos países y continentes, pueden considerarse, por lo tanto, «comunidades imaginadas» en el sentido que da Anderson a la expresión, aunque él sostiene que estas estaban unidas por un lenguaje literario que no entendían las masas.²⁰ Sin embargo, tal aseveración hace caso omiso de las religiones nacionales que existían en la mayor parte de los pueblos antes de la aparición de las universales, así como del marcado carácter nacional y la inclinación etnonacional que se verifica habitualmente en las iglesias locales de credos universales, y que halla su expresión en el empleo de la lengua vernácula a la hora de predicar a los fieles. En realidad, la identidad religiosa, más que precederla, se unió a la identidad etnonacional y contribuyó de manera pronunciada a la cohesión de la «comunidad imaginada» nacional-religiosa.

En consecuencia, la importancia concedida a la alfabetización ha resultado engañosa, ya que las sociedades iletradas poseían sus propios medios poderosos de transmisión cultural a gran escala. Ya hemos mencionado la densa red de centros de culto y de religiosos que existía en todo país. Las epopeyas orales que recitaban los bardos ambulantes en enaltecimiento de los dioses, los reyes, los héroes y el pueblo —siempre vistos